

sia aparecía aún bañada en una luz dorada, tal vez por el reflejo de la arena, ó por el resplandor del sol, ó acaso por ese polvillo impalpable que deja el trigo en las piedras de las casas de la Beauce. La auxiliar se encontraba también en la ventana. Estaba sola. Aquella mañana le dijo á la directora, que se parecía al retrato de la mujer de Rubens, excepto en el sombrero, naturalmente:

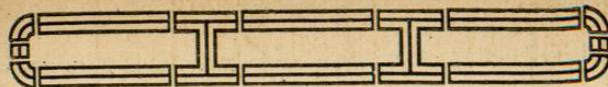
—Clementina, usted es mucho más guapa que yo. Si la ve á usted, no me querrá! ¡No se asome usted cuando vuelva!

Clementina no sólo era una muchacha guapa; comprendió é hizo lo que le pedía su auxiliar. Asomándose una y ocultándose la otra, consiguieron, como ya supondrán mis lectores que se enamorase el *chauffeur*.

Cuando éste anunció ayer á Lionel su próximo matrimonio, tenía por seguro que su amo le aumentaría el salario, porque la boda de un *chauffeur* aumenta nuestras probabilidades de alcanzar una larga vida. Nada de eso. Lionel se echó á reír desdeñosamente, y le dijo:

—Muchacho, yo no acostumbro á autorizar las tonterías; en la escuela no había más que una mujer guapa, y se casa usted con la otra.

Estuvo todo el día de mal humor. Él mismo acaba de confesármelo. Sin embargo, á él, ¿qué le importaba? Y este último rasgo me ha demostrado que, ni de muchacho, ni de hombre ya maduro, ni de viejo, tuvo jamás mi vecino vocación de solterón.



XVII

La señora Canterein.

Todo el mundo admira ciertas manos y yo sé de algunas que son dignas de admiración. Estas manos no son ni las más blancas ni las más finas: han trabajado, han acunado á los niños, han cosido, han planchado, han hecho calceta, han adornado sombreros, han remendado calzones y compuesto gorras de chiquillos, han hecho, cuanto era necesario hacer durante los días interminables, y están arrugadas y picadas por la aguja. Son manos que nadie besa, pero que tiene derecho á bendecir.

La señora Canterein no había vuelto á Paris desde la época en que, siendo aún muy joven y bonita, según parece, hizo su viaje de novios con el señor Canterein. ¡Cuántos días han transcurrido desde entonces, cuántas pruebas soportadas ó temidas! Estaba ya viuda cuando la conocí; vivía muy cerca de la catedral de

Orleans; tenía cuatro hijos—el quinto había muerto de pocos meses,—y decía: «De los cuatro que me quedan, sólo uno campa ya por sus respetos; pero preferiría que fuese pequeñito y que aún me necesitase.» La señora Canterein pertenece á esa legión de francesas que son madres apasionadas, que se preocupan constantemente de la salud del cuerpo, de la del alma, del porvenir lejano, de los próximos exámenes, de todo lo que pueden ver ó prever, de la parte cada vez más grande que ocupa lo desconocido en la vida del hijo. Y se maravillan, se duelen de no saberlo ya todo. ¡Antes no había ninguna cerca en la heredad, y ahora ya hay una; que acaso está cuajada de flores, pero que sin embargo, separa, y que oculta muchas cosas, cada vez más!

En Orleans vivían la madre y los hijos con el producto de una tierrecita, que no era seguro, y la pensión que á la señora Canterein pasaba el Estado por ser viuda de un militar. Claudio, el hijo mayor, secretario de un personaje en París, hacía dieciocho meses que no figuraba en el pasivo materno. Su madre hablaba de él con una complacencia que tenía mucho de agradecimiento, porque ya «se bastaba á sí mismo», con orgullo, porque se abría camino, y con un deseo grandísimo de casarle, porque acababa de cumplir veinticuatro años. La señora Canterein era de opinión que los hombres deben casarse pronto.

—«¿Querrá usted creer—decía—que ahora es él el que me hace regalos? Nunca me pide nada.»

El vigésimo mes pidió una cosa. «El 19 de Junio—escribía—sostendré mi tesis para el doctorado. Á todos les conceden la borla de doctor, de modo que también á mí me la concederán. Es preciso que venga usted, mamá, no para oirme discutir sobre el privilegio del vendedor, sino para que juntos nos alegremos cuando yo haya conquistado el título de doctor y el derecho á llevar la muceta roja con las tres franjas de imitación de armiño. Por la noche iremos al teatro.»

La señora Canterein protestó para no perder la fama de mujer juiciosa, pero aceptó desde el primer momento. Iría. El proyecto se realizó. París, que no se asombra por tan poca cosa, vió pasar una señora más, menudita, vestida de negro, que andaba despacito, intimidada y rejuvenecida por el ruido, por la multitud, por la perpetua «animación» de la calle, y hablaba sin pararse—á no ser para dejar pasar á los automóviles—con un muchacho alto que daba un solo paso en tanto que ella daba dos. Había jurado que visitaría todos los principales monumentos, y especialmente los museos, en memoria de los dos paseos que había dado por las galerías del Louvre, hacía veintiseis años, apoyada en el brazo del teniente Canterein: en realidad visitó el *Bon-Marché*—se lo había prometido á sus hijos en Orleans—y Nuestra Señora de las Victorias. Por la noche, se dejó llevar al teatro.

¿Qué teatro eligió Claudio? ¿Qué función? Lo ignoro, y esto es lo de menos. Lo único que sé es que el coliseo no era la *Comedia Francesa*, y que la obra

no tenía nada que ver con el repertorio. En un palco lateral, en el que estaban solos Claudio y su madre, seguían la conversación de aquella tarde. La señora Canterein se había adornado con un ramito de violetas su mejor capota negra, y había sacado del fondo del joyero su alfiler formado por una perla muy chica, rodeada de un cerco de oro muy grande. Estaba sentada á la derecha de su hijo, á la luz, escuchaba atentamente lo que decían los actores y hasta se reía con bastante frecuencia, con una risita discreta como toda su persona y toda su vida, pero ya adivinaréis que lo que principalmente causaba su alegría era la presencia de aquel muchacho rubio—un poco pálido aún, cosa muy natural después de una larga argumentación—ó más bien, el recuerdo del niño, de aquel á quien en otro tiempo, á fuerza de cuidados había salvado de dos enfermedades gravísimas, de aquel con quien había comenzado á estudiar el latín y el griego, de aquel á quien con tan amorosa constancia y con tanta discreción supo apartar de peligrosas compañías y de lecturas prohibidas. Era como todas las madres y como muchos de los que se van haciendo viejos: consideraba siempre niños á los jóvenes. Le preguntaba á Claudio: «¿Dime, niño, no tendrás sueño? Es tarde, son las doce. Mañana por la mañana pondré dos letritas á tu jefe...» Y lo hubiese hecho, si Claudio lo hubiera consentido, como lo había hecho tantas veces, cuando escribía al director del colegio de su hijo: «Señor director: el alumno Canterein no puede asistir hoy á clase...»

Terminaba el segundo acto: Claudio y su madre estaban apoyados en el antepecho del palco, sentados uno junto á otro. La primera actriz—una mujer muy linda á quien la señora Canterein juzgaba demasiado bonita—declaró que iba á desnudarse. Se retiró, en efecto, al fondo del escenario, á la izquierda, en donde había una cama, se desabrochó la chaqueta, y en un abrir y cerrar de ojos, tirando primero de la manga izquierda y luego de la derecha, se la quitó. Inmediatamente hizo ademán de despojarse del cubre-corsé. En aquel momento la señora Canterein lanzó un ligero grito, y Claudio, el flamante doctor en Derecho, el moce-tón de veinticuatro años, sintió que una mano se apoyaba sensiblemente en sus ojos y se los cerraba. Esto no duró más que un segundo, no fué más que un gesto de amor maternal. Claudio no trató de apartar la adorada mano. Esperó á que ella se separase voluntariamente, y luego, cuando se vió libre de la ligera presión y en tanto que su madre riendo, procuraba disculparse: «Perdóname, hijo mío, no pude contenerme», cogió aquella mano, se la llevó á los labios, y sin preocuparse de miradas ni de sonrisas, la besó murmurando: «Es una felicidad tener una madre como usted.»

Hace algunas semanas recordaba yo lo que acabo de contar, mientras recorría una exposición de pintura en la que figuraban exclusivamente obras de mujeres. Habíanme asegurado que la señora Canterein era una de las opositoras. ¿Por qué razón no había de dedicarse ella también á la acuarela? Viuda y casi pobre,

¿por qué no había de intentar que sus ingresos aumentasen con la venta de una obra de arte?

Cuando muchacha habría tenido maestros que la enseñarían á manejar los pinceles ó á labrar el cuero. Estuve á punto de preguntar á uno de los porteros: «¿En dónde está el cuadro de la señora Canterein?» y de añadir: «Estoy segura de que es una decoradora consumada.» Como todas las mujeres tienen vocación de madres, su imaginación se ocupa preferentemente del adorno, que es el prólogo, ó de la casa, que es el epílogo; su espíritu se complace en ello; su ingenio encuentra en qué emplearse; no se ocupan mucho de la historia, y ¡cuán bien hacen!

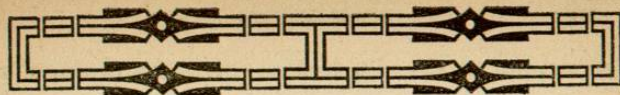
Crucé las salas del primer piso y quedé entusiasmada al hallar tantos argumentos reunidos en favor de mi teoría: había numerosos retratos, naturalmente, algunos paisajes; pero, ¡cuántas flores y qué modo de interpretarlas! ¡Allí estaban los verdaderos invernaderos del Ayuntamiento de París! Y bajé, buscando siempre el trabajo cuidadosamente ejecutado y firmado por las maternales manos de la señora Canterein. Pronto encontré en el entresuelo las obras maestras de aquella exposición.

Una de las expositoras había pintado en las cuatro hojas de un biombo, un paisaje medianamente dibujado, pero rodeado de geránios que parecían naturales; otra había combinado diamantes y piedras finas con esmaltes traslúcidos, y había hecho deslumbradoras y sencillas alhajas que atraían y entusiasmaban hasta á

los mismos hombres, como aquella parra, de la cual me decía mi jardinero: «Tiene unos racimos tan hermosos, señorita, que todo el mundo se queda admirado». Yo también admiré las joyas, y, continuando mi visita, ví á pocos pasos de allí muselinas pintadas al óleo, transparentes como los esmaltes y vitrinas llenas de objetos de cuero labrado.

Seguramente la señora Canterein habrá elegido este arte íntimo y siempre severo. Tapas para libros, portamonedas, cajas, carteras, cinturones, papeleras...; ¡cuánta paciencia, cuánta habilidad, cuánta ternura desplegada para apoderarse de una idea que acaba por dejarse domar y queda al fin grabada en la piel de un animal cualquiera! Aquel taburete lo ha comprado el Estado. Estas tres cubiertas para libros están vendidas... ¡Hola! Esta no se ha vendido, pero pronto se venderá. Adivino cuál ha sido la mano que la ha dibujado. Sobre el fondo anaranjado del cuero puso dos ramas de alisos de color de púrpura, cuyos tallos nudosos suben paralelamente, se arquean en la parte superior y se entrelazan por encima del título escrito en letras de oro. La mujer que ha creado esta maravilla tiene un alma superior. Porque, para comprender una flor ó unas frutas, no se necesita una sensibilidad tan exquisita. Pero para dar vida á un puñado de vainas; para escoger este modelo, se necesita tener el alma formada para el ensueño y para el sufrimiento. A fin de otoño, y hasta casi en invierno, á pesar del frío, á pesar del viento, los alisos, los serbales, la hiedra y la

eglantina conservan aún sus rojas semillas. Esto es lo único que queda del esplendor del verano; es un poco de vida y de color que se defiende; es una lucecita que brilla en la punta de las ramas, que tiembla con ellas, pero que no se extingue, y que no tardará en dar origen al nuevo incendio.



XVIII

El consejo del Viernes Santo.

UNA mañana, hace ya de esto seis años, volvía yo de los oficios de Viernes Santo, y como vivo lejos de la iglesia, ví diseminarse poco á poco á los fieles cuya nuca ó cuyo perfil habían estado contemplando mis ojos por espacio de dos horas. Hallábame, pues, sola entre los transeuntes, indiferente al movimiento de la calle, y siendo indudablemente para éstos una criatura anónima, una señora casada ó una solterona que sólo se ocupaba de recogerse su falda negra. Había estado lloviendo toda la noche. Hacía un viento terrible. Hay una tradición popular en nuestra tierra que asegura que no hay Semana Santa sin tormenta. Al embocar por mi calle adiviné que iba á acercarse á mí un hombre que estaba parado en medio del arroyo. Lo adiviné, aunque yo llevaba la cabeza inclinada y el sombrero echado hacia la cara para resistir al viento, porque aquel hombre se había parado al verme, y yo sentía que su pensamiento y su mirada es-

taban fijos en mí. En efecto, apenas hube andado veinte pasos, se acercó, y saludándome, dijo:

—Dispense usted, señorita... ¿No me conoce usted?

—Sí, señor, me parece... el capitán de Harlés, ¿no es verdad?

Le había visto una vez, cuando se incorporó á su regimiento; me presentó á su mujer, una rubia muy guapa, cuyos ojos grises, preciosos, puntilleados de rojo; buscaron inmediatamente los míos y me preguntaron: «¿No ha quedado usted deslumbrada por mi juventud, mi belleza, mi fortuna y mi llegada?» Luego, en cuanto recibieron la contestación apetecida, parecieron distraídos. Desde entonces, como los señores de Harlés frecuentaban la sociedad y yo no la frecuento, no habíamos vuelto á vernos.

—Tengo que desempeñar cerca de usted, señorita, una misión urgente, delicada... Se trata de un caso de conciencia.

—Pero, caballero, yo no resuelvo los casos de conciencia, sobre todo con semejante tiempo. No tengo autoridad ni...

Una racha de viento me levantó el sombrero, me arrancó una de las agujas y me dejó torcido el velo.

Harlés debía de haberse disculpado nuevamente. No pensó en ello. Permaneció delante de mí con el sombrero en la mano, con el pelo enmarañado, revuelto por el viento. Su rostro, de ordinario sereno y sonriente, estaba surcado de profundas arrugas que un esfuerzo de voluntad trataba de borrar, pero que la an-

gustia, un sufrimiento más poderoso que todos los disimulos y todas las mentiras, hacía reaparecer en seguida, marcándolas todavía más.

Pensé que no me sería muy fácil recibir á Harlés en el cuartito en que vivo sola. ¿Lo permitiría la señorita Zoé, mi doncella? Era dudoso.

—Entremos en casa del anticuario—dije abriendo una puerta que se hallaba á dos pasos de nosotros.—Es amigo mío, bastante sordo, y me deja revolver cuanto quiero en su tienda... Buenos días, tío Grünne, soy yo, que vengo á refugiarme en su casa y que le traigo un amigo. Es un aficionado.

—Pues, mire usted todo lo que quiera, señorita—dijo una voz desde la trastienda.—Precisamente tengo algunos objetos de marfil que compré la semana pasada; un buen negocio... Están en ese rincón, á la derecha, sí, eso es... Perdone usted que no salga, estoy con mis dolores de reuma y no me aparto de la lumbre...

Me senté rápidamente en el fondo del almacén, en un antiguo sillón bordado que hallé en el estrecho callejón en que me había metido. Harlés se detuvo á dos pasos de mí, entre un montón de libros encuadernados en piel de vaca y una mesita Luis XV.

—¿Qué sucede?—pregunté.

Se pasó la mano por la frente y la apoyó luego sobre uno de aquellos librotos de lomo rojo, como si fuese á prestar juramento.

—Un amigo mío acaba de tener un disgusto horrible; me lo ha contado todo, y como ve usted, estoy tan

emocionado que casi no puedo hablar. ¡Su mujer le ha engañado!, una mujer á la que tanto ha mimado, una mujer por la cual casi se ha arruinado, que le obligaba á hacer una vida absurda, á él que era poco amigo de bailes y de reuniones; una mujer que era su orgullo, que le tenía loco... Lo descubrió de repente, sin que jamás hubiera tenido la menor sospecha... Sin esperar... La muerte se presentó de improvviso...

—¿Está seguro?

—¡Demasiado seguro! Ella le ha confesado todo.

—¡Más vale así!

—¿De veras?

Por segunda vez me miró fija, imperiosamente, —aquella mirada me abrasa todavía el corazón—tratando de indagar si, efectivamente, pensaba yo que «más valía así».

—Y ahora,—añadió—mi amigo quiere saber lo qué ha de hacer.—Hay muchas soluciones, ya lo sabe usted, y las hay terribles. Todas acuden en tropel á la imaginación de mi amigo, y allí luchan, se atropellan, se repelen, pero no se destruyen unas á otras. Está como loco, y lo que quiere, lo que exige de usted, es un consejo.

—Pero, permítame, caballero, ¿por qué se dirige usted á mí? Soy joven, no estoy casada, no he...

—¿Ha encontrado usted las figuritas de marfil?—preguntó el anticuario.—Son lindas, ¿no?

—Sí, sí, tío Grünne. Las tengo en la mano.

Yo estaba violenta en aquella especie de confesonario, en el que me había sentado sonriendo.

—Sí, ¿por qué se dirige usted á mí?—repetí muy quedo.—Confiese usted que es muy raro lo que está usted haciendo.

El rostro del capitán Harlés se contrajo violentamente.

—Ella misma ha suplicado á su marido que pidiese consejo á usted. Es un impulsivo y estaba enamorado. Por poco la mata. Ya ve usted que no le oculto nada. Ella se arrojó á sus pies, suplicó, prometió, y á su vez acusó á su marido como las mujeres saben hacerlo.

—¿De qué?

—De lo único de que es culpable: de haberla amado con delirio, de haberla obedecido en lugar de guiarla, en fin, de no haberla vigilado. Y como él entonces, hablase de separarse de ella y de repartirse los niños, ella le dijo: «Yo me conformaré con todo. Lo único que te suplico es que no me juzgues sin haber pedido consejo á un ser que sepa lo que es la piedad.—¿Á quién? ¿á una de tus amigas?—¡Nunca! ¡Todas me aborrecen!» Buscó un nombre desesperadamente. ¿Cómo se acordó de usted? No lo sé. Ella me indicó que acudiese á usted. Y está esperando que vaya á decirle lo que usted decide: ¡Decida usted, pues!

Él era principalmente quien esperaba mi decisión, y no creo que la angustia de la mujer fuese tan desgarradora. Sobre la mesa, junto á mí, estaba una de las figuras de marfil que me había indicado el anticuario, y que yo había cogido mientras el capitán hablaba. Era

un crucifijo antiguo, de escaso valor artístico, pero en él hallé la respuesta. No lo levanté, no hice más que mostrarle en la mano abierta, y dije:

—Hoy es Viernes Santo; no tiene usted más que recordarlo.

Harlés contempló aquella crucecita amarillenta por el tiempo, la cogió, quiso hablar, balbuceó algunas palabras sin ilación, y se separó de mí.

—Ese caballero que vino conmigo—dije al anticuario que entraba en aquel momento—se ha llevado una de las figurillas de marfil y me ha encargado que se la pague á usted.

.....

Tres meses después, supe que el capitán de Harlés se había retirado, y que se había ido á vivir con su mujer y sus hijos á una finca en los alrededores de Arlés. La víspera del día en que se marcharon, recibí una tarjeta con el tradicional «S. D.» pero precedido de una cruz torpemente trazada por una mano de hombre.

El consejo es como la semilla que se arroja al otro lado de la cerca: jamás debéis ir á ver si ha fructificado. Lo sé por experiencia. Tres años y medio habían transcurrido desde el día en que fui consultada en casa del anticuario de las orillas del Loira. Yo viajaba entonces por Provenza. Lo imprevisto constituye mi vida. Un día, la amiga en cuya casa me hospedaba, me dijo: «Vamos á casa de los de Harlés; usted los conoce, ¿no es verdad?—Muy poco.—Lo bastante

para que yo la pueda llevar á su casa. Se alegrarán mucho de ver á usted y pasaremos una tarde deliciosa en el campo.» Debí de haberme negado á ir. Yo creo que lo que me obligó á ser débil fué la curiosidad, que en aquel momento pretendía llamarse compasión, simpatía y hasta cortesanía, porque el primero de Enero, el cartero me entregaba siempre una tarjeta: «Los señores de Harlés. Quinta de X...» Subimos al carruaje. El sol era abrasador; los morales alineados en los prados y podados en forma de bola, semejabán enormes abalorios centelleantes. Una hora de camino y nos encontramos en un espacioso salón, en el que el fresco de la mañana ha sido sabiamente conservado. La habitación está muy oscura; mi amiga pronuncia lánguidamente mi nombre; ¿me han reconocido siquiera? Mi amiga lo duda. El señor de Harlés, de imaginación muy viva, muy apegado al terruño, no cesó de hablar de Provenza, de las viñas y de los vinos, de su cosecha; su mujer, bella todavía, pero algo más tímida que antes por efecto, sin duda, del aislamiento, le escuchaba sin contradecirle, sin aprobar sus palabras, sin manifestar cansancio. Á esto se redujo la agradable entrevista que nos prometíamos: Nos saludamos como indiferentes.

—Como ve usted, querida,—me dijo sonriendo mi amiga—ya casi no se acordaban de usted.

—¡Más de lo que quisieran!

No podía comprenderme; ni lo intentó siquiera.

Ayer por la mañana el cartero me entregó un gran

sobre blanco; le abrí, saqué un pliego de papel bristol y leí:

«Los señores de Harlés tienen el honor de participar á usted el nacimiento de su hija Magdalena.»

Sólo que, por tratarse de mí, habían tachado dos palabras: «el honor», había sido borrado y en su lugar una mano de mujer, de mujer dichosa, seguramente, había escrito «la alegría».



XIX

El drama de Kerfeun.

Hoy he estado hablando con el Sr. Le Duizel, de que Bretaña se está envenenando con el alcohol.

—¡Ah!—me dijo.—¡Qué escenas presencié hace ocho días! Usted debe haberlo experimentado lo mismo que yo: lo más horrible en una ruina humana, es el sentimiento de la altura desde la cual se ha desplomado todo aquello. Podemos no pensar en ello cuando se trata de un ser completamente degradado. Pero cuando se derrumba un torreón, al recoger del suelo las piedras, siempre, aunque hayan caído desde muy alto, se encuentra un trozo labrado, ó algún tallito de liquen, cuya semilla depositara el viento en una hendidura del sillar. ¡Es horrible ver esto!

Ya recordará usted mi antiguo caserón, de un solo piso, que no tiene más signo de nobleza que sus macizos de hiedra, y dos ventanas con crucero, entre otras muchas sin mérito artístico; su terraza, llena de flores en la parte de delante, y en la de detrás, el paseo de